

Confusión en torno a la Iglesia

No sólo en los países que se autodenominan católicos, sino también en aquellos en que el número de los miembros de la Iglesia es reducido o el carácter de toda la nación es contrario al Evangelio, la presencia de la Iglesia se hace notar de una y mil maneras. Las mismas persecuciones en países dominados por el comunismo son una clara prueba de la existencia de un obstáculo para determinados planes.

La Iglesia tiene, por lo tanto, una presencia material y temporal. No necesitamos apelar a nuestra fe, ni a razonamientos más o menos sutiles para encontrarnos con la Iglesia. La extraordinaria difusión de esta existencia temporal gracias a la prensa y sobre todo a la TV provoca una incógnita en todos aquellos que pretenden disminuir el mensaje evangélico a una mera presencia interior del Espíritu. La Iglesia se hace visible en todos los problemas. Si algo se opone al "birth control" en todo el mundo es la campaña católica —"papista" como gustan llamarla ciertos círculos—, la resistencia contra la invasión ideológica o violenta de los comunistas encuentra su más firme apoyo en las filas católicas. Dondequiera hay una inquietud allí está la Iglesia y su jerarquía o su laicado dando su opinión, orientando un modo de obrar.

* * *

En nuestro propio país, el ataque en todos los tonos que desatara la egolatría peronista, fomentada por oscuras influencias, contra la Iglesia y la subsiguiente impresión que

quedó en grandes zonas de nuestro pueblo de una "actuación política" oficial católica han hecho resaltar el aspecto terrenal de una Iglesia que no acepta vivir confinada en las sacristías.

La prensa sometida al imperialismo ruso o chino gusta de mostrar a la Iglesia en una incesante actividad política, aliada a los peores enemigos de la clase proletaria, exacerbando odios, acumulando armamentos. Si no se la encontrara en todos los lugares oponiéndose al embate comunista no se la trataría con esta minuciosidad. La Iglesia está presente en el mundo y la humanidad lo sabe.

Pero, sin necesidad de escuchar a sus enemigos sabemos que su mismo Fundador le ha encargado una misión terrena. "Os envío en medios de lobos rapaces", "sobre esta roca edificaré mi Iglesia", y no pidió al Padre que quitara a los suyos del mundo sino solamente que los librara del mal.

Por lo tanto, la Iglesia debe estar en el mundo, es su campo de actividad. Y no sólo eso sino que por vivir en un tiempo determinado, de alguna manera, se instala en las estructuras sociales de una época.

De estas realidades, que pertenecen esencialmente a la Iglesia, surgen constantemente peligros para la misma y para los hombres, Jerarquía y laicado que la componen. Nada hay más triste sin embargo que los hombres de Iglesia comprometidos con un momento y con unas estructuras determinadas de la historia y de la sociedad. Un Bossuet que considera al orden católico dependiente de un orden calcaado sobre las estructuras impuestas por Luis XIV a Francia y más cerca de nosotros aquellos que colocaban su catolicismo en ser monárquicos; o peor aun los que confunden catolicismo con un sistema determinado de propiedad. De esta actitud la consecuencia más grave es que todo intento de reforma social aparece entonces como un principio de subversión de todo el orden moral. La tentación es grande y ha existido en todos los tiempos de la historia. Los hombres que caen en ella comprometen así no sólo la presencia terrenal de la Iglesia sino también toda su misión sobrenatural. Y por lo mismo provocan a menudo graves pérdidas para el Reino de Dios.

* * *

Pero no sólo los hombres de la Iglesia padecen esta tentación. Más a menudo son los que se hallan fuera de Ella los que cuando no pueden doblegarla a su capricho, tratan

por lo menos de comprometerla con su propia causa. Se intenta entonces desfigurarla haciendo aparecer únicamente lo terreno sujetándola de tal manera en todo lo demás que no pueda dar un paso sin el consentimiento o la anuencia de las fuerzas de la tierra.

No es entonces el ataque directo. Muy por el contrario. Se utiliza como arma el respeto y se multiplican las manifestaciones externas de lo que se sabe no tiene profundidad, ni efecto duradero en los demás y especialmente en el pueblo porque desvía a la Iglesia de su verdadera misión de evangelizadora. Se la rebaja tranquilamente a la categoría de un "grupo de presión" o "factor de poder" que se hará desaparecer cuando las circunstancias hayan cambiado. Una institución humana más con la cual hay que pactar mientras no se la pueda destruir. Privilegios económicos y prebendas pueden enmohecer mucho más rápidamente las estructuras eclesásticas que una buena dosis de desprecio y ataque. Renán y Maurras se encontrarían cómodos junto a determinados defensores del orden establecido y de la Iglesia.

* * *

La Iglesia, empero, como "cuerpo", tiene clara conciencia de su verdadera misión. Fiel al mandato de su Señor sabe que si bien debe permanecer en el mundo y realizar en él su misión, no es de este mundo. Si está atenta a todas las exigencias del movimiento de los espíritus en cada uno de los momentos de la Historia, vive ante todo unida a Aquel de quien nace toda la eficacia de su misión. Sabe que la fuerza bienhechora del magisterio que lleva en su seno viene de lo alto y permanece eternamente. Sigue, digámoslo con León XIII, con una vigilancia llena de amor la marcha de la humanidad y no se rehusa a acomodarse en lo posible a las necesidades razonables de los tiempos, pero sabe que su ciudadanía está en los cielos y que ningún sistema político, ningún régimen social, ninguna avanzada del espíritu simplemente humano podrá satisfacerla en su anhelo de llevar a todos los hombres a Cristo. Sin caer en ningún pesimismo, tampoco considerará con falso optimismo que una estructura por llamarse cristiana cumple con todas las condiciones del Reino del Padre. Porque ese Reino no es de este mundo. Anciana, más por sabiduría que por los siglos de su existencia terrena, comenzará al día siguiente de la peor catástrofe política como el primer día a anunciar a todos los hombres el mismo mensaje que su Señor

le encomendara el día de Pentecostés. La Iglesia ha sido fiel a esta misión y Ella lo sabe. El Espíritu sigue viviendo en Ella y reparará infatigablemente todas las desviaciones, todos los errores, todos los retrocesos.

* * *

Pero no queremos sencillamente referirnos a la Iglesia Madre "en cuyo regazo lo hemos aprendido todo". Esta realidad profunda de la Santa Iglesia tiene para todos los cristianos un sentido de llamada de atención constante.

Estas verdades que hemos recordado deben tener una enorme repercusión en la psicología de los cristianos. En cuanto cristianos tendremos que distinguir constantemente en nuestra vida mundana lo que ciertamente es una exigencia de Cristo de lo que simplemente es un resultado de una civilización, de un sistema determinado. Necesitaremos establecer constantemente una verdadera ascésis, un verdadero sacrificio para no confundir lo que es nuestra causa, nuestra opinión, con lo que realmente es el deseo de Cristo expresado en su Iglesia. El mismo nos ha dejado la regla infalible de la Jerarquía visible. Pero en cuántas cosas la responsabilidad de la Iglesia no descansa únicamente en los hombros de la Jerarquía sino que es la tarea común de los que han aceptado el bautismo.

En medio del mundo, como la Iglesia, los laicos deberán vivir su catolicismo con un espíritu despierto a las exigencias de su fe ante todo para poder entonces transmitir las a un mundo necesitado de ellas. Como levadura en la masa el cristiano no puede estar satisfecho con ningún sistema meramente humano que siempre podrá ser perfectible en la medida en que no es el Reino de Dios. Por eso, el cristiano debe ser un hombre abierto a todos los reclamos de la justicia, de la caridad. Todo el mal del mundo debe repercutir en él, no para encerrarlo en una actitud de negra desesperación, no en una huida del mundo, sino en la actividad de quien sabe poseer la verdadera solución a los problemas de hoy y de la eternidad. Pero esa solución no está dada de una vez para siempre. Cada generación deberá realizarla como si nunca se hubiera realizado. La potencia del mensaje evangélico es tal que de por sí hace de cada cristiano un descontento mientras no se haya realizado en plenitud.

Ya en los primeros siglos de la Iglesia cuando los cristianos eran solamente un puñado comprendieron la verdad

de su situación. En una carta a un tal Diogneto, cuyo autor se confunde en el grupo de los primeros discípulos de los Apóstoles se habla de los cristianos como "el alma de la humanidad, del universo". Son ellos los que dan vida a ese enorme cuerpo que es la Humanidad a través de los siglos. La Iglesia y sus miembros decaen cuando su actividad se pliega a la defensiva y creen que sólo deben tener con el mundo una relación de rechazo. Pero no es eso lo que caracteriza las grandes épocas de la Iglesia. El espíritu amplio y acogedor, el vibrar con todas las necesidades humanas para trascendarlas en un impulso hacia lo alto, el llevar sobre nuestros hombros con plena conciencia la suerte de la Humanidad eso hace de los cristianos verdaderamente "eclesiásticos", miembros de la Iglesia.

En un mundo sacudido por tensiones muchas de ellas materiales, pero que provocan en las mejores almas ansias de renovación y de justicia, el eclesiástico, el hombre de la Iglesia no se encuentra incómodo, ni temeroso. Sabe que se ha confiado en Aquel que es, ha sido y será el Triunfador, el Dueño del Siglo venidero y obra entonces para lograr en todos el mismo convencimiento.

La Dirección.